

problemas. ¿Como han de pulsar las más íntimas y misteriosas palpaciones de las colectividades si no se asocian a estas con humanidad los que examinan sus gestos, sus ansias de idealidad y bienestar, sus pasiones y hasta las estridencias de algunos exaltados? Debajo de la alborotada superficie existen corrientes fecundas, corrientes de paz, de armonía, de afirmación de los propios valores.

Aquí en España juzgan muchos excelso patriotismo adoptar actitudes de intransigencia y de aparatosa irritación ante las demandas nacionalistas. Creen habérselas con unos cuantos locos y criminales antipatriotas. Y se engañan, se engañan miserablemente. Detrás de unos locos hay muchísimos más locos todavía. Llamadles como queráis: pero convenid en que esa locura es tan real, tan plena de espiritualidad como vuestra cordura patriótica. Miren al trasluz la preciosa ánfora que llamamos España: miren lo que se agita ahí, lo que se remueve en su fondo, las fermentaciones bullentes de los diversos líquidos. Su densidad no es la misma, su sabor concentra aromas de diversa índole. El ambiente de Vasconia no es el de Castilla ni el de Cataluña tampoco. Yo no sé los rasgos puramente étnicos o antropológicos que caracterizan a los vascos, catalanes, gallegos, castellanos, extremeños, andaluces, etc. Gracias a nuestra buena suerte, estamos admirablemente mestizados. Cuanto más mezclados, tanto más fecundos y aptos para la civilización y cultura. Como quiera que sea, una nacionalidad no se define con braquicefalias y dolicocefalias, ni con el color de la piel, ni con el del iris. Pero el ambiente espiritual, profundamente diverso, define y separa las nacionalidades. Los catalanes y vascos nacionalistas reclaman para sus respectivos pueblos esa diversidad de ambiente, frente a las otras regiones de España. Por eso nunca hablan ellos de región, sino de nación.

Jellinek sostiene que «la nación entra en la categoría de esas grandes manifestaciones sociales que no se pueden determinar con los medios de apreciación exterior, que es algo esencialmente subjetivo y como el resultado de un cierto estado de conciencia». (El Estado moderno y su derecho.) Concretándonos al nacionalismo catalán y vasco, no cabe duda de que sus adeptos se solidarizan en ese *algo* esencialmente subjetivo, en un cierto estado de conciencia que reclama seriamente el reconocimiento de su personalidad autónoma. Pero la nación es más que un estado de conciencia; se encarna en realidades exteriores y objetivas, aunque lo niegue Jellinek. Porque resulta que cada ambiente está plasmado durante muchos siglos por generaciones silenciosas con su luz, su cielo, con el paisaje de sus montes y llanos, con las olas de su mar: ahí han ido depositando amores y odios, incontables matices de sentimientos e ideas, infinitos recuerdos y aspiraciones: allá humea su hogar, allá están y viven los suyos, y alrededor de su casa se va formando y estendiéndose la atmósfera espiritual que abarca y cobija los rayos de un mismo foco. En último término ese ambiente no se puede pesar ni medir; pero hay *algo* que siente con fuerza enorme y que se traduce en realidades exteriores y objetivas, *tradiciones, historia, lengua*, (alma de la nacionalidad), *comunidad de recuerdos y aspiraciones*. Es decir, pura y sencillamente una nación. Los nacionalistas vascos y catalanes se creen en posesión de estas realidades, y aspiran a tenerlas con más plenitud. El día que Vasconia (o Cataluña) se abraze en espíritu solidario para reclamar su personalidad peculiar y autónoma, se habrá consumado el proceso nacionalista.

(De la revista "HERMES" de Bilbao.)